



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Gaspar Núñez de Arce.)



El defecto conocido
de mi numen poderoso
es que... *duerme en el reposo*
largos años sumergido.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Los dos ladrones!, por Fiacro Urizoz.—Paraiso perdido, por Alejandro Larrubiera.—Varias conversaciones, por Eduardo de Palacio.—La tara, por Clarín.—Un asistente modelo, por Juan Pérez Zúñiga.—Va de cuento, por Antonio Liminianna.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Gaspar Núñez de Arce.—Un Ibsen hace ciento.—Primavera (cinco viñetas).—La tara (cuatro viñetas).—Los rezagados, por Cilla.



DE TODO UN POCO

Otro niño martirizado, pero éste no ha conseguido que los periódicos lloren sobre sus heridas. Lo que hicieron fué excitar el celo de los jueces para que, sin levantar mano, averiguasen si, efectivamente, el padre de la criatura es un pillito ó es un sujeto caprichoso que maltrata á su chico por puro recreo.

Tan pronto como pasen las fiestas del Dos de Mayo y las que dedican á los huérfanos del *Reina Regente* nuestras damas aristocráticas, volveremos á hablar del niño martirizado. Por hoy no podemos hacer más que compadecer á la criatura y odiar al delincuente.

La clase de niños se está poniendo cada vez peor. Hay padres que los maltratan y padres que los venden.

No hace mucho tiempo que los periódicos—siempre vigías espontáneos y defensores cariñosos de la moral—dieron cuenta de un caso horripilante.

Una inocente criatura fué vendida por los autores de su existencia á cierta señora, como quien vende un jamón ó un loro.

—¿Cuánto quiere usted por esto?—preguntó la compradora á la mamá del chico.

—Cincuenta duros.

—¡Jesús, qué caro! Póngase usted en razón.

—Pues ofrezca usted.

—No doy más que cien pesetas, y no me gusta regatear.

—¿Cien pesetas? ¡De ningún modo! Tiene usted que hacerse cargo de que el chico está muy fresco y muy sanote.

—Yo no hubiera tenido inconveniente en dar por él hasta quinientos reales si fuese moreno, pero los rubios son más baratos.

—Pues tíñalo usted.

La señora y la madre concluyeron por cerrar el trato, y el chico, después de envuelto en una servilleta, pasó á casa de la señora.

Y la amorosa madre se quedó sentada en una silla, lanzando suspiros entrecortados y diciendo con voz de perra sensible:

—¡Ay, justo Dios! ¡Cuántos trabajos producen los hijos! ¡De les usted á luz para esto!

Dicho se está que la dama compradora de la criatura está temiendo que se le muera, no por nada, sino por los veintidós duros y medio que le ha costado.

—Tendría gracia que después de gastar el dinero, me resultase *pochá* la criatura—dice la señora.

Y la gente no cesa de preguntarse:

—¿Para qué querrá el niño esta dama incógnita? No creo que sea para comérselo, ni para quitarle los untos, ni para enseñarle á tocar el acordeón. Lo probable será que lo utilice como heredero de algún ricacho, ó como fruto de una pasión criminal, aunque amorosa.

Hay mujer que está deseando sucesión y no lo consigue por ninguno de los medios inocentes de que dispone la naturaleza.

Cerca de mi casa vivía Purificación, una joven bella, y esposa, al propio tiempo, de un anciano horroroso, que deseaba un hijo, como yo puedo desear el premio gordo de la lotería.

Pero el hijo no se presentaba; y entonces Purificación, valiéndose de una corredora de niños, y aprovechando la ausencia del esposo, compró un chico por catorce duros, y escribió al viejo ausente en esta forma:

«Ciello: Tengo síntomas de un próximo alumbramiento. Hasta anteayer por la noche no supe que vamos á ser padres. Casi me atrevo á asegurar que tendré un niño.»

El esposo, lleno de júbilo, determinó adelantar su viaje y sorprender á Purificación... Al efecto, tomó el tren y, sin previo aviso, plantóse en Madrid, introduciéndose en la casa de ríguroso incógnito. La mujer, que no le esperaba, dedicábase en aquel momento á la lectura de una novela sentimental.

La criatura, metida en un cesto, había sido escondida debajo de la cama de matrimonio, para que no la viesan los criados, y allí iba la señora á darle el biberón todas las mañanas.

Entró el marido de puntillas en la alcoba, para observar desde allí á su dulce compañera; pero antes quiso coger las babuchas, que estaban debajo de la cama, y al ir á alargar el brazo, tropezó con el niño.

—¡Gran Dios!—dijo el esposo entusiasmado.—¡Mi fruto!

Y estrechó el cesto contra su corazón.

—¿Quién anda ahí?—preguntó la madre apoderada.

—Soy yo—dijo el esposo, presentándose con el cesto en la mano y la dicha en el alma.

La esposa, sorprendida, no acertaba á hablar.

—Es mi vivo retrato—continuó diciendo el esposo. No hay más que verle la oreja, exacta reproducción de la mía... ¡Hijo de mi corazón!

Y desde entonces el viejo se considera la persona más feliz y el padre más legítimo de este mundo.

Todo lo cual viene á decir claramente que hay hombres capaces de comulgar con niños crudos, y que la sociedad se está poniendo peor cada día.

Dado el mercantilismo de los tiempos y la ausencia de todo principio moral, hoy se venden niños y mañana se venderán señoritas puras y viajantes de comercio y hasta senadores por derecho propio...

¡Qué mundo éste!

Luis Taboada.

LOS DOS LADRONES!

Voy á contaros la historia de un gato y un señorito, que conservo en mi memoria desde que era pequeño.

Historia que os contar en mi niñez una vez, y que no puedo olvidar aun después de mi niñez.

Pues, señor... un tal Donato, hombre honrado y muy creyente, tenía en su casa un gato que era envidia de la gente.

Aunque parezca andalaz por esta exageración, no ha habido tal Micifus ni ha habido tal Zapirón, pues, por lo terso, lo fino y lo sedoso del pelo, parecía aquel *minino* forrado de terciopelo, y era tan hermoso, tanto, que el dueño, con vanidad, decía que era el encanto de toda la vecindad.

Formando con este gato su completo regocijo, el bueno de don Donato tenía, además, un hijo, guapo mozo, muy audaz, atrevido, calavera,

resulto siempre y capaz de matarse con cualquiera; conquistador, pendenciero y, en una palabra, se tumbó, como el primero, y osada, como ninguno, que con requiebros y flores y á fuerza de su osadía, consiguió tener amores con la pobre Rosalía.

Tal vez digan que la idea no es moral ni muy cristiana, (pero para que se vea lo que es la justicia humana...)

Un día de hambre canina, y aprovechando un descuido, entró el gato en la cocina y les robó un embudido.

Pero el amo, que lo vió, dijo furioso:—¡Lo maté!

y ¡con un palo dejó cadáver al pobre gato.

Pues bien, aquel mismo día y con un engaño artero,

robó el chico á Rosalía y la llevó al extranjero;

y al saberlo el padre, dijo riéndose de la hazaña:

—¡Qué hijo tengo, que hijot del primer *barbón* de España!

Fiacro Urizoz

UN IBSEN HACE CIENTO



—No puede menos de gustarle mi drama. Se trata de un joven un poquito nervioso que se enamora de su madre con una pasión avasalladora, en lo cual imita á su padre sin saberlo... ¡Me parece que el atavismo queda demostrado palpablemente.

Paraiso perdido.

Los pueblos no saben vivir á gusto si no crean ídolos.

I

Un centenar de hombres de conciencia y clarísimo juicio constituyeron una asociación, cuyos ideales expuso en su primera y única junta el más anciano de los congregados.

—Señores—dijo,—la vida en las grandes capitales es imposible de todo punto para los que, llevados de una idea altamente espiritual, tienen que luchar á diario con el egoísmo, que como ambiente de plomo fundido envuelve en abrasador sudario los sentimientos más nobles, tildados de cursis por la época presente en la que impera ese despótico monarca de hielo llamado «indiferentismo». Sin frases declamatorias ni elucubraciones pesadas he de sintetizar mi pensamiento, que es el vuestro: Debemos abandonar nuestra patria, cruzar los mares, y en el rincón más oculto de la tierra, allí donde no lleguen las palpitaciones convulsivas del progreso, ignorados del resto de la humanidad, nos instalaremos formando la patria que aquí nos falta. Nuestros propósitos los conocéis ya: considerarnos todos como una familia amante, guiada tan sólo por la luz de la razón. Fórmula de gobierno: ninguna. Con elocuencia abrasadora nos enseña la Historia que allí donde se nombra un gobernante se crea un tirano. Nuestra nación será gobernada por todos y por ninguno; más claro, retrocederemos á los tiempos primitivos del patriarcado. Cada familia será la nación chica; todas las familias, en conjunto, la nación grande. Todo es de todos; ni habrá ricos ni pobres; no tendremos moneda de ninguna clase; no seremos propietarios de nada, algo, en fin, de lo que en Roma practicaron los primeros cristianos. En el interés de todos estará el obedecer al pie de la letra la Constitución del Estado, el primer libro que leerán nuestros hijos. La sublime doctrina de Cristo será la que después de una vida de paz y amor nos guíe á otra más hermosa y perdurable...

II

Como los israelitas atravesaron el desierto para llegar á la tierra de promisión, así aquel centenar de familias se dirigió á un punto del planeta, el más ignorado: no importa aquí decir cómo ni dónde.

Los excursionistas hicieron alto en un valle hermoso: la Naturaleza se mostraba espléndida y coquetona como mujer hermosa que esperara impaciente el arribo de su amado para hacerle entrega de las primicias de amor.

Con sujeción á las condiciones climatológicas y topográficas del país, construyeron sus viviendas en el centro del valle, al que denominaron Paraíso, como recuerdo de aquel otro que sirviera de vivienda al primer hombre.

III

Años y años transcurrieron: muchísimos.

Jamás se turbó la envidiable armonía que presidiera á aquel pueblo desconocido, el más pacífico, amante y laborioso de cuantos en el mundo existen.

Los fundadores del Paraíso habían pagado el inevitable tributo á la vida y sus descendientes continuaron el camino trazado, hasta que un día uno de los ciudadanos, más ambicioso que los otros, quiso ser el señor absoluto.

La condición humana es de suyo tornadiza y busca siempre ideales nuevos, abandonando los que mejor le convienen por ese eterno afán de aventurarse en lo desconocido.

Los fraternales individuos de la nación modelo apoyaron al ambicioso nombrándole árbitro de sus destinos y adjudicándole un título pomposo: que los títulos éstos de grandeza siempre fueron necesarios para excitar la admiración del oído ajeno y recrear orgullosamente el propio.

Y ya es sabido: allí donde se nombra un gobernante, se crea un tirano.

El valle del Paraíso, andando el tiempo, se trocó en el valle del Infierno.

Alejandro Larrubiera.

*

VARIAS CONVERSACIONES

—Sí, tiene usted razón, señor de Gallo.

—Otras generaciones nunca usaban el suero de caballo.

—¿Pues qué usaban?

—El Suero de Quiñones.

—¿Qué quiere usted? Peor es meneallo.

(Aseguro que lo oí á un título ó cosa así):

—Como mi esposa es tan rara, se ha empeñado en que Carrara «la saque el busto» hasta aquí. Yo á ese Carrara, siquiera le he oído nombrar.

—¡Friolera!

—Veremos si alguien le escribe ó irá á verle. ¿Dónde vive?

—Precisamente está fuera.

—Van á dar un beneficio en Rías, á la *Nassasia*. Como ella, al fin y á la postre, pertenecía á las tablas... para ver si la redimen del servicio de las armas.

—Ella, por sus aficiones,

fué siempre muy militar.

¡Y tocaba la trompeta!...

—Ya lo creo que tocaba; era, en *El chalco blanco*, de lo mejor de la banda.

—Para que luego nos digan que el artista no se acaba.

—¡Hombre!

—«Valor, por tasación de partes:

cieu pesetas, y creo que me paso; te doy setenta y cinco.

—¡Si las tapas

tienen más de oro que eso! Y que está andando.

—Por eso que está vivo, te le tomo.

Están ya los relojes muy baratos; ya lo sabes.

—Según.

—Hombre, se dice

cuando no *sus* sorprenden en el «auto», Ponte la papeleta, chico: «Capa, gabán, terno de paños...»

—¡Vaya una apuntación!

—De esta manera

los dos, en un apuro, nos tapamos.

—Pon quinientas pesetas á los pobres, que publican la lista los papeles.

—¿Y á esa pobre mujer con seis chiquillos?

—Nada, no la contestes.

Eduardo de Palacio.

*

Primavera.



—¿Y qué te contestó?
 —Que venían únicamente á ver los patos.
 —Y tú ¿qué la dijiste?
 —Que no fueran tontas, y que para patos... nosotros.



—¡Oh, qué hermosa y amable criatura!
 ¡Se ha puesto mi ramito en la cintura!



Estas niñas casaderas
 son prados puestos de pie.
 ¡Qué dirán luego las ge-
 neraciones venideras!



—Crea usted que si me revienta la primavera es por esto.
 —¿Por qué, alma mía?
 —Porque hasta á las personas mayores se les enciende la sangre...



—Todos los años por ahora, en cuanto los ár-
 boles reverdecen y el aire se perfuma... ¡se me
 ocurre el mismo soneto!



La tara.

Pasillo cómico.

Efectivamente: el teatro representa un pasillo en una fonda. Una dama elegante, *míste y fríde*, que diría un traductor, envuelta en un manto, á ser posible misteriosamente, se detiene delante del cuarto número 13. Llama *discretamente* á la puerta con los ¡oh prosa! nudillos de la mano derecha (derecha, no del espectador, sino de la tapada). Se abre la puerta, entra la dama y termina la primera escena, que como ustedes ven, es muda. No se rompen moldes, ni siquiera un plato, á lo menos por ahora.

Escena segunda. - Ni vista ni oída. El pasillo sólo.

Fasa... un buen rato. Llega un caballero que está *pasando* un mal rato... pero esto ya constituye la escena tercera. Se conoce que está disgustado en que blasfema entre dientes (¡adiós moldes!) y da patadas, *pietinando sobre la plaza*, como diría el traductor de marras.

Se detiene ante la puerta del cuarto número 13. ¡Nada! Es decir, que á la otra puerta, aunque llama también con los nudillos. Llama con el puño del bastón. Nada. Llama á gritos blasfemando y rompiendo moldes y casi cinchas.

Una voz dentro. ¡Quién va!...

El caballero del pasillo. - Soy López. ¿Es usted Pérez?

La voz. - Servidor de usted. ¿Que se le ofrecía al Sr. López?

López. - Que me entregue usted á la... (moldes nuevos) de mi mujer, viva ó muerta.

Pérez. - ¡Caballero!...

López. - ¡Señor mío!...

Pérez. - Ni viva ni muerta; aquí no tengo ninguna mujer, ni de usted, ni de nadie...

López. - ¡Ahra usted, cobarde, ó descerra la puerta á tiros!

Pérez. -

(En fin, se insultan *ad libitum*; pero, por fin, y después de estar sin contestar á López como unos tres minutos, Pérez abre la puerta.)

Mutación. - El cuarto número 13. Es un cuarto con dos camas. A derecha é izquierda, arimados á la pared, sendos armarios de espejo, que se parecen como *dos gotas de agua*... y como dos armarios completamente iguales. No hablan. El de la derecha está abierto; el de la izquierda cerrado. López se precipita furioso hacia el armario cerrado, y sólo ve su brutal imagen.

López. - ¡Ahí está la muy!... (m. n.)

Pérez. - ¡Pero Sr. López! ¡Cómo ha de estar ahí una señora! ¡Como no esté descuartizada! Seréneso usted, y repare que estos dos armarios son completamente iguales; repare usted que

ese que está abierto consta de varios cajones separados por tableros horizontales, y lo mismo le sucede al que está cerrado. Es más: si usted quiere, podemos registrar los armarios de las habitaciones contiguas, donde no hay huéspedes, y verá usted que todos los armarios de todos los cuartos son absolutamente iguales, y todos tienen tableros, están divididos en cajones. ¿Quiere usted que su señora de usted se haya metido en pildoras dentro de ese armario?

Mientras habla Pérez, López mira debajo de las camas, donde no hay nada ni nadie; palpa las paredes, que no ocultan ninguna puerta secreta; se asoma al balcón, donde no está su mujer.

López. - Veamos esos otros armarios de otros cuartos... pero yo miraré desde la puerta, para no perder de vista esta habitación (lo hacen como lo dicen). En el número 14 no hay huésped. Registran los armarios de este cuarto, idénticos á los del 13, y los dos están divididos en cajones por tableros horizontales.

López. - (En el cuarto número 13, donde se cierra por dentro, con Pérez.) Está bien; pero como yo estoy seguro de que mi mujer se ha metido aquí... porque la conozco... y he sorprendido con... en fin, ¡como yo sé que está aquí!... y no se habrá tirado por el balcón, ni aquí hay puertas falsas, ni está entre esos colchones (dando palos sobre las camas), y ese armario está cerrado... tiene que estar ahí dentro. Abra usted, ó lo abro yo á tiros.

Pérez (con cierta energía). - De ningún modo. Ahí guardo yo un secreto, un secreto de industria que no puede ver nadie. Yo le daré á usted todas las pruebas racionales que quiera y se me ocurran, para convencerle de que es absurdo pensar que ahí dentro esté una mujer; pero abrir, de ningún modo. Primero doy parte á la policía, ó grito diciendo: «¡Socorro, ladrones!»

López. - ¡Sr. Pérez!

Pérez. - ¡Sr. López! ¡Ah, se me ocurre una idea! Voy á convencerle á usted de que es imposible que su señora de usted esté ahí dentro. Aguarde usted cinco minutos. Queda usted en su cuarto... es decir, en el mío: *vigile* usted para que *no se escape*... y soy con usted en seguida.



Desaparece Pérez, y López se queda contemplando su terrible figura en el espejo del armario cerrado.

No hay monólogo, aunque no estaría del todo mal, ni sería contrario á las leyes naturales que López increpase hipotéti-

camente á su mujer, en el supuesto de que estaba en el armario. Vuelve Pérez acompañado de cuatro mozos de cordel, que son como armarios en lo de no hablar, cargados con una báscula que le han prestado á Pérez en la portería de la fonda. Paga Pérez á los mozos y los despide.

López.—¿Para qué es eso?

Pérez.—¿Sabe usted, Sr. López, aproximadamente, cuánto pesa su señora de usted?

López.—¿Como que es mi cruz! Sí, señor, yo la hacía pesar-se muy á menudo, porque la quería mucho, y me preocupaba verla tan delgada... La última vez que se pesó, hará una semana, pesaba 56 kilos.

Pérez.—Perfectamente. El artefacto que yo tengo ahí dentro, y que es mi secreto, pesa algo, pero mucho menos que puede pesar una mujer. Bueno; pues ahora, vamos á pesar los dos armarios. Primero éste, el abierto, para conocer la tara del otro; pesemos después el cerrado, y la diferencia acusará el peso del artefacto, que es mi secreto. Verá usted que pesa mucho menos que su señora de usted... y se marchará usted y me dejará tranquilo.

López (después de pensarlo).—Convenido. Mi mujer es capaz de ocultarme cualquier cosa... pero lo que pesa... no puede ocultarlo.

Entre los dos colocan el armario abierto sobre la báscula; lo pesan; López apunta en un papel el número de kilos que pesa el mueble.

Cogen entre los dos el armario cerrado, después de dejar libre la báscula, y lo pesan en ella también. La diferencia de peso entre los dos armarios es de 40 kilos, que pesa de más el armario cerrado.

Pérez (triumfante).—Ya lo ve usted, caballero. Le han engañado á usted, y ha venido á ofender á dos inocentes, por lo menos á uno, á mí. Su esposa de usted no puede estar en ese armario... á no ser que en una semana haya perdido 16 kilos de peso. Si usted tiene una mujer que pesa nada más 40 kilos... no merece la pena de seguirle los pasos.

López (meditando).—Efectivamente... Este armario abierto está vacío... son iguales los dos, y este otro pesa 40 kilos más... y mi mujer pesa 56... luego, descontada la tara, no es mi mujer el artefacto que queda ahí dentro.

rez tiene conmigo una deuda que me va á satisfacer ahora mismo, abonando á usted por ese armario la cantidad que usted exija... y le advierto, en conciencia, que este mueble vale mucho más de lo que usted puede figurarse: para mí vale más que para nadie, pero aun para el Sr. Pérez, y para cualquiera vale mucho... Conque... pida usted... pida usted... que todo lo pagará el Sr. Pérez.

El fondista.—Señor, yo... pediría... mil pesetas...

López.—¡Mucho más!... ¡mucho más!...



El fondista va subiendo; López dice siempre: ¡Más, mucho más!...

Y por fin hace cargar á cuatro mozos de cordel con el armario cerrado; por el cual el Sr. de Pérez abona al dueño del mueble cuarenta mil reales, á mil reales por kilo de lo que pesaba el artefacto, que era su secreto.

Clarin.

UN ASISTENTE MODELO



Figura entre las puertas uno llamado Darío, que está con un primo capitán de caudales.

Este primo, que se llama Bruno Carmona y Varento, dice que no hay asistente más bruto ni de más fama.

Acreditan su opinión tres casos que he de citar, y al punto vais á juzgar si es esta exageración.

Un día tuvo don Bruno que salir rápidamente y le pidió al asistente que le diera el desayuno.

No estaba la cocinera y le dijo:—Oye, Darío, tráeme aquí, al despacho mío, una cosilla cualquiera.

—Está bien, mi capitán. —¡Listo como una ponzona! —Y qué le traigo?

—¿Un vaso de chocolate con pan.

Por complacer al señor le trae, al rato, de un cazo, la onza puesta sobre un plato con aceite alrededor.

—¿Qué me traes aquí, Darío?

—La onzica de chocolate.

—¿La onza así? ¿que disparate?

—¡Señor, es que la he traído!

Cierta dama filipina regaló á Carmona, en Haro, un bote de té muy raro procedente de la China.

Para probarlo invitó al coronel y á un teniente, y al servir el asistente la comida se fue.

Tras la sopa, que era buena, le dijo al amo bajito:

—Saco en té... señorito.

—¿Dónde... carísima! Carmona.

—Mientras un papipele.

Tanto no lo entendió, y á cada rato decía:

—¿Señor... caro el té?

—¡Buenos... no! (le contestaba el capitán con sus modos).

El té sale riquísimo, todo lo de la mesa se acaba.

—Bien... señor pero es extraño que así el té... el queso se comen á trocitos...

Y le echó hasta el pedazo.

Terminada la comida, dice el capitán:—Yo se que ha de gustarle el té.

—Y que hace el muy animal! Sobre la plaza asustonado trae bota el te asustado con vapor... oeste y sal.

.....

También cuentan que otro día, por no se qué desayuno, se puso malo un vecino.

tan malo que se murió.

—¡Díete á Bruno con pasión y díje á su asistente.

—Vete á San Luis prontamente y de que traigan la onzón.

—Pronto volvió el muy canchoso y don budo turbado.

—Están, en San Luis he estado y me una sacha que no hay de eso.

(V es que llegó hasta el café de San Luis el muy melón, y allí entró á pedir un onzón como quien pide un listón.)

.....

Los casos que habéis leído ayer los he referido.

quien no me acordaba á mentir.

Tal vez no hayan ocurrido, pero pueden ocurrir.

Juan Pérez Zúñiga

—¡Caballero! ¡Me he equivocado! Respetaré el secreto de su industria de usted... Usted dispense...

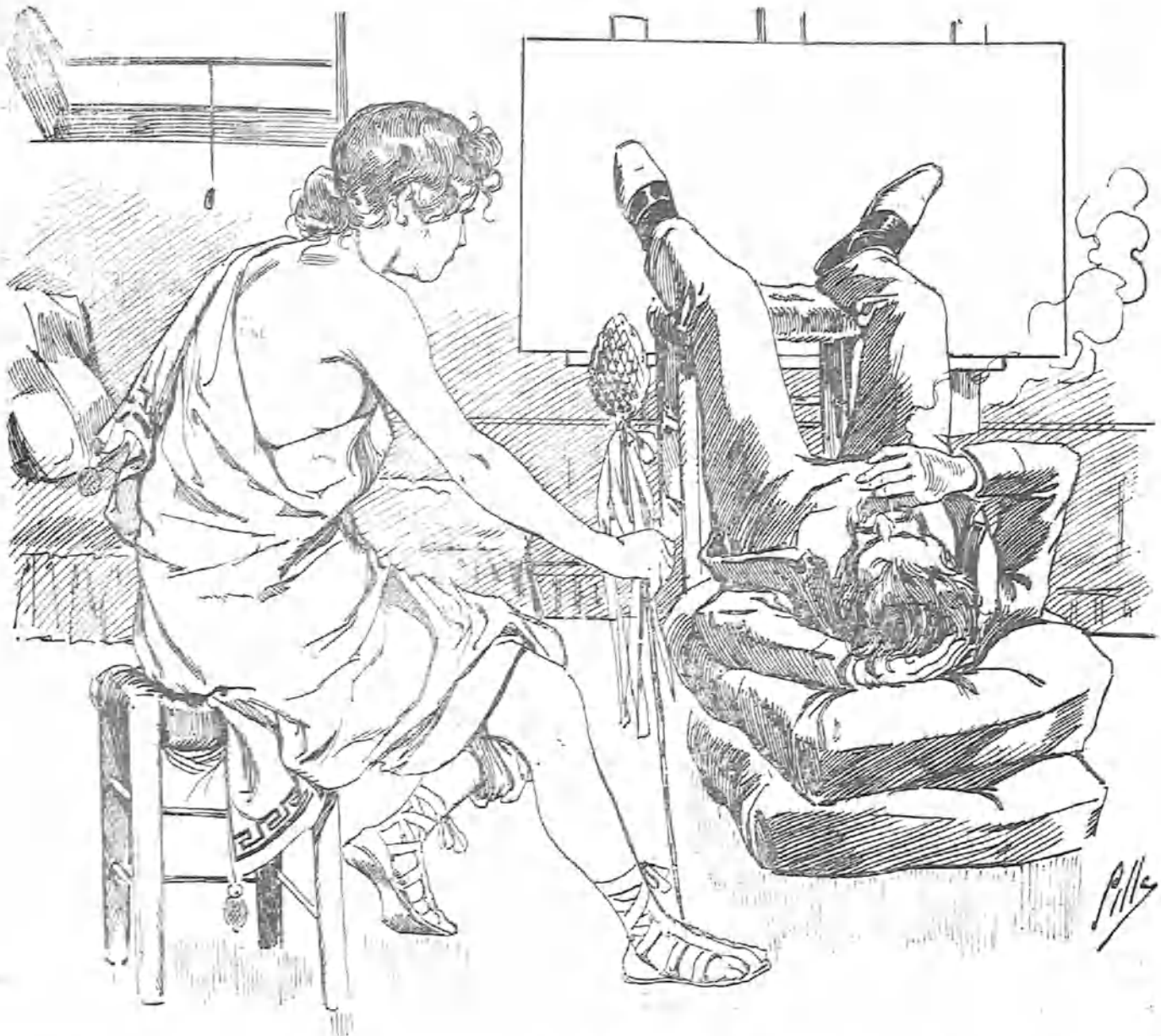
López se dirige á la puerta. Pérez le acompaña haciendo cortesías y respirando con fuerza...

Al llegar al umbral, López se da una palmada en la frente y exclama: ¡Ah! Pero no dice ahora lo comprendo todo; porque eso no es de los nuevos moldes; se lanza sobre el armario abierto, desarma los cuatro tableros que separan los cajones, echa los tableros sobre la báscula, que está desocupada, los pesa... mira... ¡16 kilos! Lo que va de 40 á 56, es decir, del peso del artefacto al peso de su mujer... Se precipita sobre una de las camas, levanta un colchón, descubre dos tableros; se lanza sobre la otra cama, descubre otros dos tableros... mira triunfante y con terrible ironía (antiguos moldes) al Sr. de Pérez, y dice con voz ronca, lenta y tono atrozmente sardónico:

—¡Caballero! si no quiere usted morir de cinco tiros (saca un revólver), llame usted á ese timbre y diga usted que suba el dueño de la fonda.

Se hace todo como se pide. López (al amo de la fonda).—Caballero, por razones que usted no puede saber, este mueble (el armario cerrado) es para mí de un valor artístico inapreciable... Así como está, sin abrirlo, necesito trasladarlo ahora mismo á mi casa. El Sr. Pé-

Los rezagados.



—El caso es que la figura no hubiera *hecho* mal con el tirso y el mantolín... Pero se me ha echado encima la apertura de la Exposición sin que se me haya ocurrido el título del cuadro. ¡Y quién empieza á trabajar sin tener el título!...

VÁ DE CUENTO

Pues señor...
Fué el gitano Baltasar un domingo á confesar con el cura coadjutor de la iglesia de «El Pilar». Y después de haber recitado, como el cura le exigía, un credo, un avemaría y un padrenuestro, glosado con algo de letanía, comenzó su confesión diciendo: Padre pequé, y necesito que usted me otorgue la absolución por el daño que causé.
—¿Y en que pecaste? —Robando.
—¿De qué modo? —Fácilmente. Yendo á la era de Vicente al saber que estaba echando la siesta tranquilamente.

—¿Y qué robaste? —Pues... nada. Un arado, dos mulillas, unas cuarenta gavillas de paja recién trillada, y además, otras cosillas.
—¿Y es eso nada, menguado? —Nada, porque me arrepiento y devuelvo lo robado.
—Bueno... serás perdonado; te basta el remordimiento. Pero... dime, ¿te llevaste las gavillas que robaste todas ellas de una vez?
—No, señor. —¿Pues cómo obraste?
—En tres veces, diez á diez.
—¿Pues no resultan cuarenta; porque tres por diez son treinta, si equivocado no estoy...
—Es que añado diez en cuenta porque íre á robarlas hoy...

Antonio Liminiana.

CHISMES Y CUENTOS.

¿Se han enterado ustedes bien del programa que preparamos para observar á los forasteros?
Puede decirse que es el mismo que se imprime y reparte en las ferias de Navavieja de Abajo.

¡Y para eso hemos andado un par de trimestres con las fiestas de Mayo por aquí, y la reunión de comisiones por allá!

Es una lástima que se haya inventado antes la pólvora, porque casi puede jurarse que ahora es cuando se hubiera inventado.

¡Y qué honor para el fin de siglo!

Contemplando un melonar exclamé con Campoamor:

—Ni son todos los que están,
ni están todos los que son.

SANTIAGO GRASSA.

No se puede negar que son muy desgraciados los pobrecitos conservadores.

En cuanto suben ellos...

«Durante el mes de Abril próximo pasado se recaudó por el concepto de consumos la cantidad de 1.638.658,20 pesetas, ó sea pesetas 36.197 menos que en igual mes del año anterior.»

Pero no se alarmen ustedes; la baja se explica de la siguiente manera:

«Se nos hace presente que los días 4, 8, 9, 10 y 11 fueron vísperas de las vigiliass de Semana Santa, en cuyos días es casi nulo el degüello de reses en el matadero de la villa, y cuya baja representa una merma en los ingresos de 61.243,58 pesetas.»

De modo que... nuestra pena en un pozo. Porque, bien mirado, todavía resulta que ha recido la renta... Y sin embargo, no sé por qué se escama uno cuando le dicen que empiece á tener en cuenta esas cosas.

Ha pasado, gracias á Dios, sin incidentes desagradables que lamentar, el temible 1.º de Mayo.

Con ese motivo ya nos permitimos los burgueses algunos escarceos humorísticos asegurando que eso cayó para no levantarse, que el socialismo es

una utopía y que... En fin, todos los comentarios menos el siguiente:
—¡Camaradas! ¡Valiente susto nos hemos llevado!
Que sería el único verdadero.

Libros:

Catálogo de los géneros del grabado que se hacen en la casa Trayer, Peligros, 5, al cargo de la cual corre la ilustración de «Los lunes» de *El Imparcial*.

Los asistentes, juguete cómico en un acto y en prosa, original de don Pablo Parellada (*Melitón González*), estrenado con grandísimo éxito en el Teatro Lara, donde continúa representándose.

Baturrillo, por *Fray Candil*. Así se titula el primer folleto crítico de una serie que se propone publicar nuestro antiguo colaborador. Su estilo ameno y brillante y su reconocida competencia en asuntos literarios explican el éxito obtenido por esta obra, de la cual se han hecho dos ediciones en pocos días. Precio: una peseta.

Fechas prehistóricas y porvenir de las razas, conferencia dada en la Sociedad Geográfica de Madrid por el distinguido ingeniero y publicista D. Rafael Alvarez Sereix.

Poemas cortos, de D. Gaspar Núñez de Arce. El nombre del poeta, honra de España, nos releva de todo elogio. Concretámonos, pues, á darle las gracias por su atención al remitirnos dos ejemplares.

Actualidades, revista ilustrada de 1894. El inteligente y distinguido editor Sr. Díaz-Quijano, firme en su propósito de reunir en un tomo ó dos cada año las revistas de cuanto digno de notarse ocurra en el citado período de tiempo, acaba de dar á la estampa este nuevo libro, magníficamente presentado, con infinidad de grabados recordatorios de los sucesos más culminantes y redactado por los mejores escritores. Precio: 5 pesetas.

El mártir de las veladas, monólogo en verso, escrito por nuestro querido compañero Juan Pérez Zúñiga para el beneficio del notable actor Mariano de Larra y representado por éste con gran éxito en el Teatro Lara. Precio del ejemplar: media peseta.

*

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Chanaán.—No, señor, Dios me librará de llamarle á usted cursi, porque á lo mejor no lo es usted, ni mucho menos. La composición es la que, efectivamente, tiene esas tendencias.

Parroca.—Le compadezco con todo mi corazón sencillo. Porque el que piensa que *andaluz* y *obús* son consonantes está á dos dedos de creer que los pájaros maman.

Sr. D. R. C.—Se publicará siempre todo lo que se pueda, pero no puedo fijar á usted plazos ni ¡ay! admitir artículos.

Chinorrín.—¡Cómo! ¿un soneto completo con diez versos nada más? ¡Carrascías, vaya un soneto! ¡carrascías, vaya un soneto! ¡carrascías, carrascías, carrascías!

Sr. D. F. R. G.—Resulta demasiado candoroso el asunto.

Trápita.—¿Que estaba usted hablando con la novia, y vino el padre y le pegó á usted una paliza? ¡Pues riámonos ambos de la novedad del asunto! Porque á ese paso va usted á descubrir el Mediterráneo de un momento á otro.

Don Lucas.—Se aprovecha uno. Los demás tienen el defecto común de la vulgaridad.

Ramayano.—Lo malo no es reñir con la mujer idolatrada, lo malo es decirlo después en versos cojos. Porque se expone una á que luego no quiera hacer las paces.

R. R. R.—Desgraciadamente el refén ha fallado esta vez. Porque á la tercera no ha ido la vencida.

Z. X. Z.—Hombre de Dios, la sociedad atraviesa una crisis, los gobiernos se bambolean, la literatura se hunde, y en este caos, ¡ah! en este caos, no se le ocurre á usted más que hacer una oda en serio sobre la mala calidad de los pitillos de á cuarenta.

Sr. D. A. B.—Mucho le agradezco la honra de pedirme consejo. ¿Va usted á seguirla? Pues bien, no haga usted más versos, porque salta á la vista que no tiene usted vocación para la carrera.

Tristacio.—Usted sí... digo no; usted tampoco.

Pastelin.—«Guardándote en mi pecho como una imagen veneranda...»
¡Y se habrá usted quedado satisfecho!
Pues el segundo es *amcho*, el otro *extracho*,
¡y no son octosílabos ni nada!

José Parranet.—El artículo adolece de vulgaridad en el asunto y falta de soltura en la forma. Además... ya sabe usted que la prosa nos está vedada.

M. B. de V. C.—Recibida y aceptado.

Cáspita.—Me lo ha quitado usted de la boca, porque ese mismo iba yo á decir: ¡Cáspita! ¡y qué morrales son algunos!

Trenós 2.ª.—No, señor, no es molestia. ¡Á qué está uno si no á leer todo lo que le caiga en las manos? Venga de ahí todo lo que usted quiera... y á ver si no es tan malo como lo presenta.

Pape Pape.—Tampoco puedo aprovechar ninguno de los dos.

Sra. D.ª R. C.—Gracias por todo.

Lucientes.—Dejemos en paz á los cueros, si á usted le parece. Bastante trabajo tienen ellos con ser burgueses y explotadores del proletariado, para que, encima, vayan á hacer chistes á su costa los portos ósicos de primer curso.

Sr. D. J. B.—Medianillos todos.

Cá. L.—Ya me estaba chocando á mí no haber recibido siquiera un romance lacrimoso dedicado al *Reina Regente*. ¡Dios le bendiga á usted, que me ha devuelto la tranquilidad! ¡Y qué respetemalísimo es el romance!

Rabidí.—Hay que tener cuidado con lo que se dice; porque eso de la aurora *lucida* da una pena muy grande. ¿Y qué necesidad tiene uno de llorar en el mes de Mayo?

Sr. D. C. Z.—Las aseanancias son una plaga devastadora que lo echa á perder todo. *Ainda más* el asunto no es nada absolutamente.

P. G. H.—Sí, señor, lo serio puede admitirse... cuando tiene algún toque satírico, aunque casi no se conozca. Pero lo serio y además tonto, ni aquí ni el *Eco de Calaguala*.

El vector.—Y diga usted, suponiendo que los versos estuvieran todos bien medidos, ¿qué le importa á nadie lo que usted pueda decirle particularmente á ella? ¡Nada! ¡verdad!

Rumbos.—Y si que lo es usted, caramba! No le ducien sílabas.

K. T.—Al que cree que es bueno

un soneto malo,

Díus va y le castiga

sin piedra ni palo.

Fantasma.—Atrevídillo es el concepto, ¡porque en eso de la sensualidad hay que andarse con pies de plomo.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑIA COLONIAL
TAPIOCA TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERIAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Gumbay, calle Rivadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID, 1895.—IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Alicia, 19 esquina.—Teléfono núm. 999.